

horror, contribuyeron tambien no poco á la derrota de aquellos infelices.

Terminada la lucha, volvieron los españoles al cuartel, auxiliaron á los heridos y vieron con sorpresa que, á pesar de lo encarnizado del combate, no habian tenido una sola baja.

Miéntas se entregaban al descanso, tenia lugar una escena horrible en el campamento de los indios.

## CAPITULO XXXI.

### Expiación.



Los indios que corrian, despues de haber sido vencidos, á refugiarse en las montañas, anunciaban á las mujeres y á los ancianos el triunfo que alcanzaban sobre ellos los españoles.

Melchor los animaba con sus palabras y con su ejemplo.

Pero en su mayor parte desoian su voz.

Cuando los caciques se retiraron, dejando en manos de Hernan Cortés á Ibo-ibo, ya hemos visto que el valiente caudillo perdonó la vida á su traidor intérprete.

Melchor corrió como los demas indios á refugiarse en la montaña, y refirió á Caoniana el triste resultado de aquella lid sangrienta.

Su llegada fué acogida con marcadas muestras de odio.

—Nos has engañado miserablemente, le dijeron todos.

—¿Yo?

—Sí, tú, que nos has hecho creer que las armas de los extranjeros no eran armas divinas, que nos has dicho que no tenían en su poder el rayo, que nos has ocultado que habia entre ellos mónstruos feroces que habian de caer sobre nosotros para sembrar la desolacion y la muerte en nuestras filas.

—Una fuerza superior los protege.

—No hay duda; esos hombres son hijos del cielo.

—Por tí hemos visto morir á nuestros hermanos.

—Que su sangre caiga sobre tu cabeza.

—Ni con la vida puede pagar las muertes que ha causado su obstinacion.

Un griterío inmenso se levantó en torno suyo.

—Muera Ibo-ibo, gritaron los desesperados indios.

Y al mismo tiempo dispararon sobre él sus flechas algunos de los más indignados.

Una de ellas hirió de muerte al amante de Caoniana.

A sus gritos acudió la jóven india.

Un momento despues, consternados los indios por aquel suceso, dejaron solos á los dos amantes.

Ibo-ibo agonizaba.

Caoniana procuraba curar sus heridas; pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

—Voy á morir, dijo Ibo-ibo á su amada; voy á morir, y bien merezco la muerte que me han dado, porque he sido traidor.

—Has querido defender á tu patria.

—Sí, pero ántes de ahora juré amar al Dios de los españoles, que es un Dios poderoso; juré fidelidad á su culto, y he faltado á mis juramentos.

La maldicion de Dios ha caido sobre mí: no puede darme mayor castigo que arrebatarme la felicidad que con tu amor me ofreces.

¡Ah, Caoniana! Yo siento que mis fuerzas se acaban, que mis ojos se oscurecen, que quedan muy pocos latidos en mi corazon; pero ántes de morir júrame, vida mia, júrame pagar á los españoles la gratitud que les debo; júrame ser su amigo, ir á su lado, buscar su ayuda, decir á Hernan Cortés en mi nombre que en los últimos momentos he deseado su perdon.

Sacrificate por ellos: tus sacrificios serán un bálsamo dulcísimo y caerán en mi corazon; y cuando en la otra vida nos veamos, cuando tú vuelvas á mis brazos despues de haber purificado mis culpas, entónces disfrutaremos la felicidad que yo he perdido por mi ingratitude.

¡Pobre Caoniana!

Quería hablar, y las palabras se ahogaban en sus lábios.

Quería llorar, y no encontraba lágrimas en el fondo de su corazon.

¡Todo lo habia perdido!

Sus hermanos derrotados, muertos.

Sus hogares hollados por la planta del extranjero.

Sus templos profanados.

En torno suyo no había más que la soledad, el silencio.

Ibo-ibo exhaló el último suspiro.

Caoniana estrechó sus manos, y las halló heladas.

Quiso devolverle el calor con su aliento.

Su desesperacion fué inmensa.

Dió gritos para que acudieran á su socorro.

Nadie la oyó.

Las sombras de la noche cubrieron aquella escena de tristeza y de luto.

Todo estaba en silencio.

Caoniana llamó en su auxilio á sus hermanos, á sus amigos.

Todos la abandonaron.

Pidió que dieran sepultura al cadáver de Ibo-ibo.

—¡Está maldito! le dijeron todos.

Desesperada de ver cómo la trataban sus hermanos:

—Cumpliré su deseo, dijo la india.

En medio de la oscuridad de la noche, arrastró el cadáver de su amante hasta el bosque inmediato.

Allí cavó una fosa para enterrarle, y despues de permanecer toda la noche al lado suyo, al rayar el alba partió á cumplir la voluntad de Ibo-ibo.

Las primeras avanzadas de Hernan Cortés detuvieron á la india.

No pudiendo entender lo que decia, anunciaron su llegada á su jefe, y éste la comunicó á Hernan Cortés.

El ilustre general en jefe del ejército dispuso que Aguilar fuese á saber cuál era el motivo de la inesperada visita de la india.

Caoniana reconoció á Aguilar.

Mientras había estado cautivo en poder del cacique de Tabasco, había tenido ocasion de inspirar en su alma los más puros sentimientos.

Caoniana cayó de rodillas ante él.

Le refirió en breves palabras sus desventuras, y le dijo:

—Vengo á cumplir la voluntad de Ibo-ibo.

Estoy sola en el mundo.

Viviré mientras pueda prestar algun auxilio á vuestros hermanos.

Aguilar la condujo á la presencia de Hernan Cortés.

## CAPITULO XXXII.

### Caoniana.



ODELO perfecto de belleza era Caoniana.

De una estatura regular, esbelta, con un color ménos cobrizo que el de las demas indias, muy parecido al hermoso moreno de las andaluzas; con unos ojos negros, grandes, poblados; con unos lábios gruesos y suaves; en una palabra, era al mismo tiempo la mujer que habla al alma y á los sentidos.

Era una de esas mujeres que inspiran al mismo tiempo el amor y el respeto, una de esas mujeres por las que haria un hombre cualquier sacrificio sin más esperanza que una mirada.

El sentimiento que llevaba en su corazon, el temor que despertaba en su alma, la presencia de los guerreros que habian destruido al poderoso ejército de sus hermanos; la noche de insomnio y de lágrimas que habia pasado, todo contribuyó á presentarla á los ojos de Hernan Cortés como una aparicion sobrenatural, como un tesoro de belleza y de poesía.

—¿Quién es esa mujer? preguntó Aguilar, sin atreverse á fijar sus ojos por segunda vez en la india.

—Es una pobre india, contestó el intérprete, que ha hecho el juramento de sacrificar su vida á los españoles, y viene á cumplirle.

Hernan Cortés la miró entonces, y quedó deslumbrado de nuevo ante la peregrina hermosura de la jóven.

—¿Por qué ha hecho ese juramento? le preguntó éste.

—Era la amada de Melchor.

—¿De ese traidor? ¿De ese infame? dijo Hernan Cortés.

—Sí; nacida en Santiago de Cuba ántes de que los reyes de Castilla tomaran posesion de esa isla, creció al lado de Ibo-ibo.

Los dos se amaron.

Esta pobre jóven huyó con su familia.

Se refugió en Tabasco.

Melchor la lloró muerta.

Al llegar nosotros á esta ciudad se encontraron.

El amor dormido se despertó en su pecho.

Entónces fué cuando vuestro leal servidor os abandonó.

Cuando incitó á los indios á darnos la batalla que hemos ganado.

—Lo comprendo muy bien, dijo el valiente caudillo.

—Sus mismos hermanos, indignados contra él, por que les ofreció la victoria y no la consiguieron, le mataron anoche mismo.

Su amada recogió su último aliento, y Melchor, arrepentido de su conducta, pidió á esta jóven que viniera á pagaros la deuda de gratitud que tiene contraida con vos, á que tan indignamente habia faltado.

—¡Pobre jóven! dijo Hernan Cortés, mirando con ternura á Caoniana.

Deseo saber toda su historia; ha despertado en mí su vida una gran curiosidad.

Interrogadle.

Que os confie todos los acontecimientos de su vida, de su origen.

Instruidla ademas en nuestra santa religion, y preguntadle si quiere profesarla.

Hernan Cortés se temió á sí mismo, y se elejó, dejando solos á Aguilar y á Caoniana.

—Ven, pobre niña, ven, dijo Aguilar á la jóven india.

Nuestro gran cacique desea saber tu historia.

Los dos nos entendemos, y le referiré lo que me cuentes.

Habla, hija mia, habla. Piensa que has ganado nuestra voluntad con tu afecto, que nada te faltará en nuestra compañía, que seremos para tí padres, hermanos, amigos, que tu felicidad es nuestro mayor deseo.

Caoniana, que habia experimentado en la presencia de Hernan Cortés una emocion muy semejante á la suya, deslumbrada por la marcial belleza de aquel hombre, que tenia en sus ojos todo el fuego de su corazon, obedeciendo á un sentimiento intenso, producido de una lucha que sostenia su alma, dejó asomar á sus ojos algunas lágrimas.

Aquellas lágrimas eran un adios á su pasado, eran al mismo tiempo el rocío con que regaba las flores de la esperanza, que habian brotado en el hermoso campo de su imaginacion.

Cualquiera al ver á Caoniana tan bella, se hubiera prosterade ante sus piés, porque la belleza impone.

Y sin embargo, la jóven india era toda sencillez; todo candor.

Accediendo á los deseos de Aguilar, calmó su agitacion, y aunque con voz trémula, respondió á todas sus preguntas.

—Yo era muy niña, dijo, cuando por la primera vez fijé mis ojos en los de Ibo-ibo.

Los dos nos amamos entónces como hermanos.

¡Que dichosos éramos!

La paz reinaba en torno nuestro; mis padres eran poderosos, descendian de régia estirpe, y yo gozaba de una dicha sin límite al lado suyo.

Pero llegaron los extranjeros á nuestro recinto.

Encendieron la tea de la discordia, destruyeron nuestros hogares, mataron á nuestros hermanos, y una noche, cuando los indios luchaban con los españoles, mi padre, que acababa de ver muerta á su querida Hibilia, á la que me habia dado el sér:

—“Huyamos, hija mia, me dijo, aquí nos aguarda la muerte.

"Surquemos en una canoa los mares, busquemos asilo en otras tierras: al ménos que me quede tu amor."

A nosotros se unió el padre de Ibo-ibo que me queria como si fuera su hija.

Los nuestros, bogaron toda la noche, pasó un dia, otro dia, otro, y al fin llegamos á esta playa.

Al poco tiempo mi padre me llevó á Aguazacoalco, una de las provincias sometidas al emperador de México, y allí los naturales del país le nombraron cacique.

Pero bien pronto, los que tantas muestras de afecto le habian dado, se volvieron contra él y le asesinaron.

Yo quedé sola, pero me acompañaba siempre el recuerdo de Ibo-ibo.

Entónces comprendí que le amaba, y juré guardarle eterna fidelidad á su amor.

Me llevaron á Xicalango.

Un poderoso indio que me amaba, y á quien yo no correspondia, me confió al cuidado de una mujer que me ofreció la más espantosa pobreza, pensando que de aquel modo podria vencer mi obstinacion y arrojarme en los brazos del amante á quien deseaba.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos, me envió como esclava al gran cacique de Tabasco, y entónces fué cuando os conocí.

Vos, que habeis sido amigo de aquel hombre magnánimo; vos, que hallasteis la vida en su afecto, comprendereis con cuánta bondad trató á su pobre esclava.

El padre de Ibo-ibo vivia aún.

Fué un padre para mí.

Los dos hablamos de su desventurado hijo, y rogamos á nuestros ídolos que le trajera al lado nuestro.

Murió el cacique de Tabasco; vos partisteis de aquí.

El resto de mi triste historia ya lo sabeis.

Al ver de nuevo á Ibo-ibo, me sonrió la esperanza y la felicidad,

Todo ha concluido para mí.... No, no; he jurado sacrificarme por vosotros, he jurado reemplazar á mi amante al lado vuestro, y miétras viva sola en el mundo como estoy, sin más amparo, sin más esperanza, sin más deseo que vuestra proteccion, gozo al pensar ahora en que al ménos soy esclava vuestra.

—¿No te dice nada, preguntó Jerómimo de Aguilar, ne te dice nada el espectáculo que has presenciado ayer? ¿No has visto cómo un puñado de hombres ha podido vencer á un numeroso ejército?

—¡Ay! Sí.

—¿Ignoras el motivo de su poder!

—Nuestros hermanos dicen que sois hijos del cielo.

—No se equivocan.

—Que os protegen los ídolos.

—Los ídolos no; nos protege un soberano poder: el del Creador del mundo.

Porque, créelo, Caoniana; hay un Sér Supremo superior á todos nosotros, y ese Sér Supremo se llama Dios.

El nos ha hecho conocer y profesar los principios de una religion santa; de una religion más generosa, más grande, más consoladora que la vuestra.

¿No te ha dicho Ibo-ibo que merecia el castigo que experimentaba?

¿No te ha dicho que le jures fe á ese Dios Supremo, á ese Dios á quien nosotros acatamos?

¿No inclinó tu ánimo á que le conocieras y le amases?

—Sí, sí, exclamó Caoniana; habládme de él.

—Ese Dios, hija mia, añadió Aguilar, ha libertado á la mujer de la esclavitud, la ha convertido en dulce compañera del hombre, le ha dado con sus encantos los medios de hacer su felicidad, le ha otorgado el privilegio de despertar la admiracion, el entusiasmo, el amor en su pecho hácia ella, para que halle en el hombre] la fuerza que le falta.

—Sí, Caoniana, tú eres buena, tú eres bella, tú no has nacido para vivir en la esclavitud de la idolatría.

Tú debes amar á nuestro Dios.

Tú debes ser el ángel salvador de tus hermanos.

Ayudarnos á demostrarles la verdad, á brindarles los consuelos de la religion, que ya late en tu pecho, porque veo que asoman á tus ojos lágrimas de emocion dulcísima.

—Sí, sí, dijo Caoniana. Yo quiero amarle como vos; enseñadme á hablar vuestro idioma.

Yo lo aprenderé pronto, ó lo adivinaré, porque deseo adivinarlo.

—Para que te purifiques á los ojos de nuestra religion, necesitas ser bautizada, dijo Aguilar á Caoniana.

Nosotros tenemos ministros como vuestros butios.

Ellos te enseñarán á conocer los misterios del cristianismo.

—Pronto, pronto, llevadme á su lado, no os apartéis de mí; hablando con vos soy dichosa.

Aguilar se apresuró á conducirla á la capilla que habian levantado los españoles para rendir culto á su Dios.

—¿Cómo se llama vuestro jefe? preguntó Caoniana.

—Hernan Cortés.

—Es bueno, ¿no es verdad?

—Tan bueno como valiente, dijo Aguilar con entusiasmo.

—¿Y me protegerá?

—Defenderá tu vida aun á costa de la suya, dijo Aguilar.

—Yo no quiero separarme de vos.... Yo quiero ir con él á todas partes.

¡Pobre Caoniana!

Sin saberlo, estaba enamorada del valiente caudillo.

Pero enamorada con toda su alma.

## CAPITULO XXXIII.

### La paz.



HERNAN Cortés no podia desechar la impresion que habia producido en él la jóven india.

La veia en todas partes, y se recreaba contemplando su radiante belleza.

¡Cosa extraña!

Habia algo en él, que al mismo tiempo que le recordaba sus deberes le traia á su memoria el perfume de su primer amor, le embelesaba y estuvo á punto de faltar á la fe jurada para entregarse con la impetuosidad del torrente, largo tiempo oprimido, á una pasion digna de su carácter, digna del gran teatro en donde aparecia su figura, digna del aire ardiente que respiraba en aquella candente atmósfera de los trópicos.

El hombre que no habia tenido miedo de un poderoso ejército, huyó de la presencia de Caoniana.

La jóven aceptó con tanta fe los consejos de Aguilar, que á los tres dias fué bautizada con gran pompa, y recibió el nombre de Marina, apadrinándola Hernan Cortés.

No hubo uno solo entre todos los españoles que no sintiera al mismo tiempo cariño y veneracion hácia aquella mujer.

Pero instintivamente comprendieron todos el sentimiento que habia despertado en el alma de Hernan Cortés, y dominaron los instintos que se despertaron en ellos.

Amaban tanto á su jefe, estaban tan entusiasmados con él, que comprendian que no habia otro más digno de la felicidad que podria brindar el amor de Marina.